

Historia indecorosa

Cristina del Toro Tomás

Cándida tuvo la desdicha de nacer en una familia decente. Sus parientes eran esa clase de personas que pasean por la vida con la barbilla bien alta, con esa actitud presuntuosa que origina el saberse moralmente superior.

Su infancia transcurrió entre flores, lazos de tono pastel, vestidos virginales, y delicadas tazas de té. Creció, como todas las mujeres de su entorno, rodeada de tabúes y estereotipos. Eso no se toca, eso no se mira, eso no se enseña. Las señoritas cruzan los tobillos; niña, la espalda recta y las manos al regazo.

A pesar de todos los intentos de la abuela Angustias por llevarla por la senda del decoro, la pequeña descubrió a muy temprana edad aquello de lo que nadie hablaba pero que de una forma u otra siempre flotaba en el ambiente, como un aroma sutil y embriagador. Tenía ocho años y los abuelos la habían llevado a ella y a sus primas a montar en el tiovivo. Cándida escogió subirse al unicornio rosado, aunque la abuela no aprobaba que montase sobre una figura que exhibía un evidente símbolo fálico en la cabeza. Cuál no sería el disgusto de la señorona al ver que además, su nieta no se había sentado de lado con las piernas cruzadas, sino que cabalgaba a horcajadas como si de una amazona se tratase. Déjala, mujer, ¿no ves que así está más cómoda? Mira qué cara de felicidad tiene. La expresión de la niña, sin embargo, poco tenía que ver con la emoción de girar en el tiovivo, pues al ponerse el carrusel en marcha notó entre sus piernas una sensación que resultó tan deliciosa como desconcertante.

El fortuito descubrimiento del placer resultó tan inocente que Cándida no dudó en probar más de aquella fruta que intuía prohibida. Muchas noches su madre escuchaba desde el pasillo gemidos ahogados que provenían del cuarto de la niña, y al entrar preocupada en la habitación para correr el dosel de la cama, descubría a su hija con los ojos brillantes y el rostro sonrosado. "Pobrecilla" pensaba la mujer. "Tiene los ojos anegados en lágrimas y está acalorada, ha debido tener otra pesadilla".

Durante mucho tiempo aquella chiquilla con ojos de cielo y tirabuzones castaños complacía las demandas de su cuerpo con alegre ingenuidad, sin asomo de picardía. Sencillamente se entregaba a una diversión que le hacía sentir relajada y dichosa. Una tarde de verano, llevó a su amiga Gloria tras el rosal del jardín y allí le explicó sin cohibirse el funcionamiento del encantador juego. Cualquier actividad resulta más divertida si hay alguien con quien compartirla.

Con la llegada de la adolescencia, Cándida comenzó a vivir aquellos juegos de una manera diferente. Su cuerpo comenzó a suplicarlos con más frecuencia, haciéndola sentir febril. La

abuela le había advertido que si no se andaba con cuidado, pronto comenzaría a sentir la necesidad de compañía masculina, y aquello sería el principio la deshonra. La obligaba a darse baños de agua fría y a rezar el rosario con más frecuencia. La muchacha supuso que aquello hacía efecto, pues nunca miró a ningún chico. Sin embargo, no podía evitar fijarse en que el pecho de Gloria se había desarrollado con extraordinaria rapidez y también se le había ensanchado la cintura . Observaba embelesada el movimiento de caderas que las criadas realizaban al caminar por la casa, y se sonrojaba contemplando los suaves labios de su institutriz. Disfrutaba adivinando sus propias formas bajo los vestidos de gasa blanca. Oculta bajo las sábanas de su cama, pensaba en todas ellas con sus manos.

Las tías de la joven comentaban conmovidas lo recatada que era su sobrina, pues siempre se rodeaba de compañía femenina y jamás se la había visto poner ojitos a ningún mozo. Qué dulce y virtuosa parecía besando y abrazando con fraternal amor a sus primas. Las visitas de su amiga Gloria eran cada vez más frecuentes, y la madre comentaba orgullosa que por las noches se las oía cuchichear y reír como dos niñas inocentes que comparten secretos. Seguía preocupada porque a veces distinguía los inconfundibles sonidos que indicaban que su hija aún sufría unas angustiosas pesadillas, pero por suerte su amiga se encontraba a su lado para calmarla.

A pesar de la aparente castidad de la chica, la abuela Angustias continuaba avisándola acerca de los peligros que traía para el alma dejarse llevar por la lujuria. Fueron estas advertencias las que convencieron a Cándida de seguir disfrutando libremente de su cuerpo — o, en según qué circunstancias, del de su amiga—. Si el paraíso estaba reservado para personas como su abuela o su madre, todos los indicios apuntaban a que en el infierno acababa toda la gente divertida. Y Cándida estaba firmemente decidida a condenarse.